

Capítulo Primero	
El niño y la violencia	13
El niño herido	13
Con los jóvenes de la calle	15
De madre a hija.	16

Capítulo Primero

El niño y la violencia

El niño herido

De cada tres niños en el mundo, uno va a la escuela todos los días, otro nunca va y el tercero va de vez en cuando, pero jamás sabrá verdaderamente ni leer ni contar¹.

Una ojeada rápida sobre las condiciones de vida de los niños en el mundo nos deja entrever que su situación no es envidiable.

70 millones de niños, de los cuales 40 millones en América Latina son abandonados. Los niños sufren toda clase de violencia: explotación, guerra, droga, malos tratos, delincuencia, violencia sexual, fracaso escolar...

Si somos sensibles al carácter planetario de las injusticias vividas por los niños, comprenderemos también que los análisis y las soluciones que deben aportarse dependen de la situación social, política y económica, precisa, del país de referencia, además del medio familiar y cultural en el que vive el niño. Por consiguiente, sería vano pretender tratarlo todo. La elección ya se hizo y hablaremos menos de "allá" y mucho de "aquí".

Aquí también a menudo el niño es negado, herido, olvidado. Comprender las principales agresiones que, directa o indirectamente lo alcanzan, ya es buscar reducirlas.

Agresiones no sólo físicas

Numerosas relaciones entre, por una parte los padres, los diversos educadores, la sociedad y sus instituciones y por la otra el niño, están llenas de violencia.

Los niños y los adolescentes son sometidos, de manera excepcional o común a las agresiones

físicas (gritos, bofetadas, golpes). Sin embargo, no todos son mártires, pero, el uso de la fuerza física nunca es satisfactorio. Puede provenir de una fatiga puntual del adulto que ya no controla sus reacciones, así como de una imposibilidad real de imaginar otra solución a la situación del momento. Pero, demasiado a menudo, los adultos lo admiten como "el medio que no es malo y sí eficaz" para hacer obedecer a los niños, "rápido y bien": ¿se les enseña así a obedecer o a someterse?².

Más insidiosas aun son las agresiones psicológicas cuyas consecuencias pueden ser graves para el desarrollo de la personalidad del niño: el chantaje afectivo, por ejemplo, que hace al niño debatirse entre sus propios sentimientos, sus propios deseos y los de sus padres.



¹ B. Hayos Koller et al. *Nos droits d'enfants*, Ed. Syros, 1986.

² Cf. Alice Miller. *C'est pour ton bien*, Aubier, 1984.

Eso va desde el “trabaja al menos para mí” dicho en un tono suplicante a un niño reprobado en la escuela hasta el “haz lo que quieras” aparentemente indiferente, pasando por el autoritario “irás a jugar solamente cuando yo lo decida” que impone al niño no transgredir la orden so pena de dejar de ser amado.

Se piensa también en esas situaciones de separación en las que se parte de un “niño-peón” imponiéndole una elección entre padres, que no desea, por miedo a perder definitivamente el amor de uno de los dos.

Con mucha frecuencia, el adulto se ensaña en moldear al niño según sus ideas y se niega a dejarlo pensar por sí mismo, violación por ejemplo del derecho a la diferencia que volvemos a encontrar en el sexismo ordinario impuesto tanto a las niñitas como a los niñitos.

La niña no es reconocida en su fuerza corporal (“quisiera tres varones para cargar esta mesa pesada”) y, a la inversa, nos inquietamos si no la vemos jugar como mamá con sus muñecas.

Un varón no puede expresar su sensibilidad, emotividad y ternura sino en la mayor discreción si no sería ridiculizado (“¡No vas a llorar, no eres una niña!”).

Un ambiente hostil

Las maneras de vivir creadas por la sociedad actual no toman en cuenta las necesidades del niño.

Considerado muy a menudo como un consumidor potencial, el niño será confrontado rápidamente a las consecuencias de los imperativos económicos de las elecciones políticas e ideológicas en todos los dominios de la vida cotidiana: arquitectura de las habitaciones y de las escuelas, arreglo de los espacios, entorno, condiciones laborales de los padres.

Ni sus necesidades de espacio, de tiempo, de juego, de contactos afectivos, ni el respeto de sus

ritmos biológicos --sin embargo tan reconocidos por numerosos científicos-- son prioritarios.

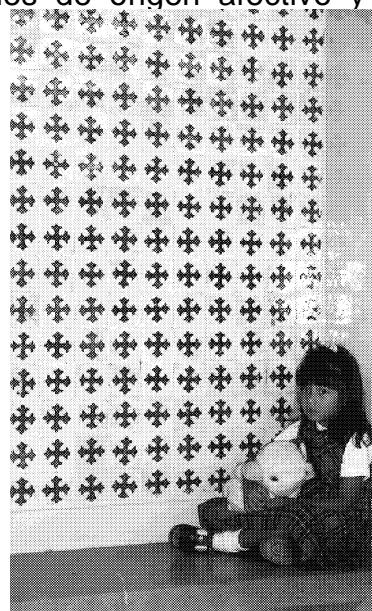
La agravación del contexto económico nos enfrenta a un aumento de las injusticias y de la violencia estructural: desempleo de los padres, problemas financieros que provienen de él, exclusión social, racismo, miseria...

A falta de soluciones adecuadas para estas situaciones, es otra violencia la que vuelve a encontrarse: la de los padres desvalorizados, desmoralizados, sin esperanza y que soportan todo por sus hijos; también la de los adolescentes y aun de los niños que devuelven la agresividad contra ellos mismos (droga, tentativas de suicidio,...) o contra los otros (tráfico de drogas, vandalismo, robos,...).

No todas las frustraciones son violencia

No todo lo que hace sufrir al niño o contraría al niño es violencia. “*Ciertamente, no es una sutileza del lenguaje distinguir en educación lo que es amor y lo que es coacción, por consiguiente recurso a la fuerza y lo que sería violencia, es decir que afectaría la comprensión y el respeto que se deben al niño*”³.

Las restricciones encontradas por el niño son numerosas, naturales, culturales, sociales (alimentarse, vestirse, respetar las leyes). El niño debe aprender también a sobrellevar las frustraciones de origen afectivo y relacional.



³ J.M. Muller. *Signification de la non-violence*, Man, 1980.

Estas empiezan desde el nacimiento cuando se abandona la comodidad y la seguridad intrauterina.

“El tener éxito en desarrollar en el niño una relativa tolerancia frente a la frustración (...) es uno de los desafíos de la educación, la frustración es consustancial a la relación”⁴.

Las restricciones y las frustraciones son parte integrante de la vida humana: preservar al niño es impedirle poder vivir un día como adulto.

Violencia y combatividad

Demasiado a menudo se confunde, también, la violencia y la agresividad. La agresividad es en el origen una fuerza positiva del individuo, una combatividad que le permite estructurarse, afirmarse, hacerse reconocer. Esta combatividad está ligada al amor por la vida. Permite luchar por sus ideas, por sus derechos, para ser respetado. Después de un conflicto en el patio de la escuela, un niño que responde al adulto que lo castiga no es necesariamente insolente. Puede intentar defender su parte de verdad para no dejarse castigar injustamente.

Sin combatividad, somos incapaces de enfrentar los conflictos inherentes a toda vida en sociedad: escogemos generalmente la sumisión o la huida, a veces la violencia.

La violencia es a menudo una desviación de la agresividad; la agresividad que, por razones diversas, no ha podido expresarse, no ha podido ser utilizada positivamente, puede degenerar y transformarse en una fuerza negativa. Volteamos ésta contra nosotros mismos o contra nuestros próximos.

La violencia es destructiva

No es deseable hablar de la violencia a cada momento y para todos los casos.

Diciendo esto, no queremos negar ni minimizar las realidades envueltas en esta noción: injusticia, sufrimiento, dominación... Pero

indicaré que los actos de los adultos muy a menudo no tienen como fin destruir al niño.

En efecto, estamos de acuerdo en llamar violencia a lo que pretende alcanzar la integridad física o moral de la persona. Está claro que ni la nalgada ocasional, ni el chantaje afectivo tienen por fin destruir al niño.

El objetivo de los padres puede ser plenamente honorable: enseñar al niño a compartir sus juguetes, estimularlo para que estudie en la escuela...

Como se dice al niño a menudo: “*¡Es por tu bien!*” Sin embargo, los medios utilizados afectan al niño y su utilización sistemática demuestra a menudo la voluntad de poder de los adultos y su deseo inconsciente de dominar a los niños.

Otra educación

Todas las semillas llevan en sí el fruto que darán. ¡No sirve para nada pretender un bonito árbol si se siembra una semilla dañada! Del mismo modo, el porvenir de nuestros niños descansa sobre los medios que utilizamos para ellos.

La riqueza de la no-violencia es justamente ofrecer los medios que sean coherentes con el fin proyectado.

Hablar de otra educación impone volver a dar al niño toda su dignidad, sin por eso envolverlo en un capullo protector. Eso impone también preocuparse del contexto social, de las condiciones de vida de los padres y de los niños.

Enseñar a los niños a actuar sobre las realidades y a utilizar positivamente su agresividad, éstos son los desafíos para una educación no-violenta.

Con los jóvenes de la calle

■ a violencia que conduce al delito a menudo es un acto totalmente irracional.

Mi amigo Paul regresa después de dos días en el campo; todo transcurrió bien; estaba con una

⁴ J. Sémelin. *Pour sortir de la violence*, Editions ouvrières, 1983.

familia que quiere mucho, con un cuate muy padre. En la avenida St Ouen, regresando a París, cruza alguien que no le cae bien: de repente salta sobre ese hombre de 30 años y le pega a tal grado que el agredido corre el riesgo de perder un ojo. Esta agresión brutal fue aun más irracional cuando una camioneta de la policía pasaba por el lugar y lo atrapó de inmediato. Conclusión: un año de cárcel.

Tal agresión es totalmente inaceptable, pero puede explicarse. En primer lugar está el fracaso familiar: la psicología nos ha enseñado cuan importante es este elemento. Esos dos días de vida familiar seguramente han hecho reconocer a Paul el fracaso de su propia situación familiar (padre ausente - madre demasiado liberal); no quiere aceptarlo y se desespera; eso sale de un solo golpe, en una especie de rabia incontrolable. También está el fracaso de la pandilla: hasta esta fecha los amigos constituyan un sustituto familiar; el contacto con la familia demuestra a Paul que es una ilusión y que debe buscarse en otra parte. También está el fracaso escolar, el fracaso profesional, el fracaso social... todo esto cuenta; y el pobre paseante se transforma en un símbolo que debe aniquilarse para que pueda darse cualquier éxito.

He convivido con Paul durante varios años, con sus cuates, tratando de entender como le subían sus fracasos a la garganta y como lo conducían a una "galera" suplementaria e inútil. Ha escogido finalmente integrarse en un medio profesional particular, la pesca, que era una tradición familiar. Encontró así de nuevo sus raíces que le permiten asumir su revuelta y continuar su búsqueda.

Otros jóvenes, a mi parecer, más desesperados, eligen **el camino de la violencia sobre sí** para expresar su desasosiego. Conocí a un amigo que se picaba con la jeringa más de cien veces en un día; se hacía daño para saber que existía. Pero la inyección conduce igualmente al placer: al "reventarse", al lanzarse al aire, al querer encontrar de nuevo el calor orgiástico de la primera dosis. El joven busca el placer máximo, la pureza ideal, el Todo. Pero, hay una bajada:

todo vuelve a parecer semejante, todo se ha roto; hay que apresurarse por más dosis.

Aquí también, se trata de comprender. **No sólo de comprender al joven**, tal joven en su búsqueda de justicia y de verdad. **No solamente comprender a algunos jóvenes** que son calificados con una cantidad de nombres de pájaros para deshacerse de ellos. Sino comprender que la revuelta y la desesperación son simples respuestas a un proyecto de sociedad, de la que estos jóvenes son los desechos, los fracasados. La sociedad adulta no es tierna con los jóvenes: se les llena de regalos, se les cubre con juguetes inútiles, se les construye espacios deportivos sofisticados, pero olvidamos escucharlos.

Patrick Giros
Educador de la calle

De madre a hija...

Fuercas adolescentes víctimas de la ruptura familiar. Una de ellas regresa una noche golpeada por su "cuate"- Se abre la discusión entre las jóvenes. Casi todas piensan que su amiga ha recibido los golpes que se merecía y que de todos modos es el papel del hombre imponerse y hacerse respetar por la fuerza física.

Encuesta rápida: de 10, 8 han visto a su padre golpear a su madre. Entre las otras dos, Dominica siempre se ha quejado de la debilidad de su padre: nunca había sido capaz de levantar la mano sobre ella.

Diez años después, casada, madre de una hijita de 6 años, reprocha a su marido ser demasiado amable. De sus relaciones con su hija dice: "Estoy haciendo lo mismo que hacía mi madre y me hacía sufrir. Le compro todo, no le pego. Pero no logro hablar con ella, nunca voy a decirle buenas noches en su recámara, nunca le he contado una historia. Lo se, le falta afecto. Tengo miedo de que sea como yo y termine en una casa de rehabilitación".

A.-C.B.